Al entrar los recién llegados, padre é hija se levantaron, y Cristina pudo ver la deformidad de que le habían hablado.

Julia de Montbar era de muy poca estatura, aun para sus catorce años; su carita morena, dulce é inteligente, no presentaba ningún carácter de belleza; tenía una hermosa cabellera negra y ojos negros también, muy tristes y llenos de una inefable dulzura.

Se conocía que aquella niña era de salud delicadísima, y que más tarde ó más temprano debía morir de una enfermedad de pecho.

Nada de esto, sin embargo, hubiera atraído sobre ella la atención: lo que la fijaba de una manera tan triste como invencible, era la desigualdad del lado izquierdo de su espalda, que presentaba una prominencia extraordinaria.

Sus bracitos muy flacos y muy morenos, su cuello más moreno todavía, su cara huesuda ya y enflaquecida, ofrecían tal contraste con la pura y dulce belleza de Cristina, á cuyo lado se hallaba sentada, que parecía aún más fea de lo que lo era en realidad.

Su padre lo comprendió así, y la miró con desgarradora tristeza; pero ella, como si hubiera leído lo que pasaba en el alma del Marqués, le sonrió con una inefable expresión de dulzura y de conformidad.

El traje de Julia era igual al de las otras jóvenes; pero no presentaba ninguna gracia en su corte y forma, causa del mísero cuerpo que encerraba.

Cristina, que era dulce y afectuosa, empezó á hablar á Julia así que cayó el telón; en tanto que Diana, deslumbrada, embriagada de alegría y de placer, pasaba revista á los trajes y adornos de todas las damas.

—¡Qué hermosa está esa criatura!—dijo en voz baja el Marqués á Fedora, señalando á Cristina. —No hay en todo el teatro una joven con quien poderla comparar.

Cristina oyó estas palabras, y, volviéndose, envió al Marqués una brillante y tierna mirada de elocuente gratitud.

Mr. de Montbar palideció y se quedó con los ojos fijos en el rostro encantador de Cristina.

La mirada que le habían dirigido estaba llena de amor, ó él estaba loco.

Después de algunos instantes de silencio, se acercó á la joven y le dijo:

—Estaba haciendo notar á la Princesa la belleza de usted, señorita: verdaderamente es arrebatadora.

—¿Le parece á usted así?—preguntó la joven turbada.

—Sí, señorita.

—¡Tanto mejor!—repuso Cristina en voz baja.

—¡Qué! ¿tiene usted en algo mi voto?

—¡En mucho!

Y Cristina volvió á mirar al Marqués con la

candidez y lealtad que se advertía en todas sus acciones y que residía en su alma.

El Marqués guardó silencio, turbado, conmovido de una manera desconocida.

Sentado detrás de Cristina, contemplaba su hermosura, la gracia esbelta de su espalda y cuello, gallardía de su virginal cabeza, y se preguntaba si era verdad lo que le decían los ojos de la joven, ó si sólo era una loca ilusión que él se había forjado.

No obstante, al llegar en el acto segundo al duo de Polión y de Adalgisa, en el bosque, aquella música ardiente, apasionada y voluptuosa hizo palpitar con fuerza el corazón de la española; el rubor subió á sus mejillas, las lágrimas á sus ojos, y, dominada por una emoción profunda, exclamó volviéndose al Marqués de Montbar:

—¡Oh, qué bello debe ser verse amada así!

El Marqués la miró en silencio, y aquella mirada expresiva y triste hizo palidecer de súbito á la joven.

El Marqués volvió á preguntarse si soñaba; pero ya no había lugar á la duda: la fisonomía de Cristina hablaba demasiado claro, sin saberlo ella, que, en su inocencia, ignoraba con cuánta fidelidad asomaban á su rostro las impresiones de su alma.

Mr. de Montbar quedó toda la noche pensativo y silencioso; no miró á nadie: sentado detrás de la española, ora escuchaba la arrobadora música

de Bellini, ora aplicaba lo que oía á la expresión del rostro de Cristina, y se preguntaba si acaso se había engañado acerca de lo que pintaba.

En vano la Princesa le dirigió la palabra algunas veces: el Marqués le respondía; pero al instante volvía á caer en su distracción.

Las jóvenes fueron el objeto de la admiración general. Diana era una de las más ricas de Francia, y aun de Rusia, donde había nacido y donde las fortunas son las más colosales del mundo; el salón de su madre era uno de los centros más estimados de la aristocracia; la belleza de Fedora, proverbial en la alta sociedad de París, no menos que su talento y la distinción de sus hábitos y maneras: todas estas circunstancias hacían de la aparición en el mundo de la joven rusa un verdadero acontecimiento.

Su compañera, aunque no tan rica, era tan hermosa, y asimismo de una clase tan elevada, que aparecía como una nueva estrella en el cielo del matrimonio.

Sólo la pobre Julia se hallaba olvidada de todos, y aunque ocupaba uno de los sitios más visibles del palco, nadie reparaba en ella.

Dotada de un talento penetrante, como todos los seres imperfectos, la desgraciada criatura comprendió desde luego el triste papel que tenía reservado en el mundo, y se prometió renunciar á él.

—¡Oh!—pensaba en tanto que todas las damas

fijaban los gemelos en sus dos compañeras,—no volveré jamás á ninguna fiesta. He ahí á mi pobre padre humillado y pensativo, sin duda al ver el contraste que formo con estas dos hermosas jóvenes. ¿Por qué he venido? ¡Qué triste noche está pasando por causa mía! ¡Oh, jamás volverá á suceder! ¡Renunciaré á la sociedad, me refugiaré en su amor... eso me bastará!

Julia, al llegar aquí, cambió el curso de sus pensamientos; su semblante tomó de repente una expresión de angustia desgarradora.

—¡Dios mío!—se dijo,—¡y si se volviera á casar! ¡Y si se olvidase de mí por otra mujer, ó me quitase, á lo menos, la mejor parte de su amor! ¡Ah! ¡Eso sería horrible! ¡Horrible para mí, pobre desheredada de todo amor en la tierra! Él es joven; tiene una figura interesante, un rostro hermoso... ¡no, no! ¡Dios no querría hacerme completamente desgraciada!

Un anciano, que entró seguido de dos jóvenes, distrajo á la pobre Julia de sus sombrías reflexiones.

—Bien venido, Mr. de Valence—dijo la Princesa presentando su mano al anciano con tanta coquetería y tanta gracia como si fuera un joven. —¿Estos dos señores que acompañan á usted, son sin duda sus hijos?

El Conde de Valence señaló á uno de los dos jóvenes y dijo, presentándole á Fedora:

—Mi hijo mayor, Vizconde de Valence, que se

hallaba viajando por Oriente; mi segundo hijo Edmundo,—añadió señalando al otro joven.

La Princesa les dió la mano sucesivamente y les dirigió algunas palabras afectuosas; luego, volviéndose á su hija, le dijo:

—Diana, aquí tienes al señor Conde de Valence, uno de los buenos amigos de tu padre, y á sus dos hijos. Dedica al primero tu veneración y cariño, y á los segundos tu estimación y amistad, de las que estoy cierta son muy dignos.

Diana saludó graciosamente á los tres caballeros, presentando su pequeña mano primero al padre y después á los hijos, según su edad.

—Hija mía—dijo el Conde,—muchas veces te he tenido sobre mis rodillas; por cuya razón, ni tu madre ni tú debéis extrañar que te hable con familiaridad.

Y el anciano señor, cuya cabeza estaba blanca como la nieve, tomó en sus manos la rubia cabeza de Diana y estampó un beso en su nevada frente.

—Gracias, Conde, por el afecto que usted ha conservado á mi hija durante sus largos viajes —dijo la Princesa con emoción; —¿pero ha dejado usted acaso la Embajada que desempeñaba cerca del Sultán? ¿Ha vuelto usted definitivamente á París?

—Sí, señora, ó al menos cuento permanecer en él dos años.

El Conde, después de esta presentación, se vol-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

vió hacia el Duque de Montenegro, conocido suyo también, y le presentó á sus hijos.

El Duque, á su vez, dió á conocer al Conde á Cristina, pues aunque la Princesa la trataba como á su hija en los actos de sociedad, por decirlo así, *oficiales*, no era posible alterar la costumbre establecida, según la cual correspondía al padre la presentación.

El Conde y sus hijos saludaron luego al Marqués de Montbar y á Julia, ya conocidos todos, y desde entonces se habló de mil cosas agradables, pues Mr. de Valence era persona de un talento tan brillante como cultivado.

El mayor de sus hijos llegaba ya á los treinta años: era un hombre de un exterior seductor por sus maneras, su reserva y la natural elegancia de su lenguaje, siempre benévolo, pero que tenía un tinte de altivez muy pronunciado; por lo demás, en sus grandes ojos obscuros se leía la sensibilidad de un alma noble, y sus labios, algo gruesos, indicaban la bondad, al mismo tiempo que en su elevada frente estaba escrita la inteligencia.

—Arturo es un hombre distinguido—dijo á media voz la Princesa á su anciano amigo señalándole á su hijo mayor.—¿Tiene algún proyecto de enlace, ó le tiene usted por él?

—No, amiga mía—repuso el Conde.—Mi hijo mayor se ha dedicado hasta ahora á satisfacer su pasión por los viajes y las ciencias, á lo que no me he opuesto, tanto porque esa afición le preservaba

de los desórdenes de la juventud, cuanto porque, siendo una persona instruída, puede servir mejor á su país; es un joven por la exquisita sensibilidad de su corazón y porque conserva vírgenes sus ilusiones, y además un hombre grave, un sabio. Sus costumbres son las más puras, su fe sagrada; cree en las santas verdades de la religión, que su madre le enseñó cuando niño, y cree ciegamente, lo que en un hombre de ciencia es tan extraño como nuevo; ama á su familia, respeta á las mujeres y tiene del amor la idea más elevada; en una palabra, estoy orgulloso de él.

La Princesa tomó la mano del Conde, la estrechó y dijo:

—Diana tiene ya diez y seis años, y su padre se llenaría de gozo en el cielo si el Vizconde de Valence pudiera llamarse un día Príncipe de Kernok.

—Arturo tiene ya treinta años—observó el Conde, que no se sorprendió al oir las palabras de la Princesa:—casi dobla la edad á Diana, querida Fedora. ¿Qué le parece á usted mi hijo menor?

—No tan bien como su hermano—respondió la Princesa,—y eso que su figura es infinitamente más hermosa: ¡qué mirada tan triste! ¡qué amarga sonrisa! ¿Ha sido desgraciado en amores?

—Sí, y varias veces, según he podido saber, porque él es reservado con todos y conmigo también. A la muerte de mi hermano mayor, hereda-

rá un título opulento y será mucho más rico que Arturo.

La representación terminó, y todos salieron del palco.

Los carruajes esperaban. La Princesa y las tres jóvenes fueron en el mismo, y en otro el Duque de Montenegro, el Marqués de Montbar y el Conde de Valence; los dos hermanos, hijos de éste, subieron en el suyo. A la puerta del palacio de Kernok se despidieron todos, quedándose dentro la Princesa y su hija.

Desde allí, el Duque y Cristina tomaron el camino de su casa; el Marqués de Montbar y Julia el de la suya, y otro tanto hicieron el Conde de Valence y sus hijos.

III

El baile dado por la Princesa en la siguiente semana, para presentar definitivamente al mundo á las dos jóvenes, fué magnífico y se habló de él en París durante algunos meses después.

Los soberbios salones del palacio de Kernok estaban profusamente iluminados, adornados de flores y llenos de lo más escogido y brillante que encerraba la capital de Francia.

Las dos niñas llevaban trajes blancos y sencillos como los que habían llevado al teatro, con la sola diferencia de estar recogidos con guirnaldas de hiedra.

Dos collares de perlas finas, de gran tamaño y del todo iguales, ceñían las esbeltas gargantas de Diana y de Cristina.

La edad de ésta era aún demasiado escasa para presentarla en el mundo, pues sólo contaba quince años y medio; pero su alta estatura y lo desarrollada que estaba le hacían aparentar alguna más.

Diana tenía ocho meses más que su amiga; pero era mucho más niña que ésta, tanto por la alegría de su carácter, cuanto por la sencillez de sus gustos.

Su inocencia, su gracia, su ingenuidad y la dul-